**CAMINAR EN SU PRESENCIA**

**Virginia Azcuy**

En tiempos difíciles, necesitamos una presencia o señal que nos ayude a seguir adelante. Así lo hemos comprobado en distintas etapas de la vida y también hoy, de manera particular, ante la incertidumbre y la falta de certezas que nos rodean en muchos sentidos. El relato de la Transfiguración de Jesús –en los evangelios sinópticos– representa una manifestación importante en la vida de sus discípulos y discípulas, porque se da un anticipo de la resurrección. En el tiempo de Cuaresma, este episodio nos recuerda la meta hacia la cual caminamos: la pascua.

Este segundo Domingo de Cuaresma leemos la Transfiguración (Mc 9,2-10), en la cual el Mesías manifiesta su gloria por adelantado, para fortalecer la fe de sus seguidores. Marcos ubica la escena inmediatamente después del anuncio de la pasión (8,31-33) y la invitación al seguimiento (8,34-38). En este contexto, la Transfiguración de Jesús es una manifestación de su destino de resurrección que tiene la función de ayudar a las discípulas y discípulos a perseverar en la fe en medio del sufrimiento y la persecución. El texto está repleto de sentido: Jesús lleva consigo a Pedro, Santiago y Juan, al transfigurarse ante ellos llenándose de luz, se aparecieron Moisés y Elías conversando con Jesús (Mc 9,4). Moisés y Elías representan la ley y los profetas respectivamente e indican que, en Jesús, la revelación del Sinaí y las promesas de Dios a su pueblo llegaban a su plenitud. Cuando Pedro ve esta escena, siendo que antes se había desencontrado con su Maestro en el primer anuncio de su pasión (Mc 8,33), propone acampar: “Hagamos tres carpas” (9,5). Se suele interpretar esta iniciativa de Pedro como un deseo de quedarse en la cima, en la resurrección, pero el camino hacia ellas es el emprender el seguimiento del Señor que pasa por la cruz.

A continuación, en una teofanía semejante a la del bautismo, se manifiesta la gloria de Dios en Jesús: “una nube los cubrió con su sombra y salió de ella una voz: «Este es mi Hijo muy querido, escúchenlo»” (Mc 9,7). La invitación de la voz de Dios nos orienta a la contemplación y la escucha del Hijo, de quien antes se había anunciado “que debía sufrir mucho y ser rechazado (…) condenado a muerte y resucitar” (Mc 8,31). Con la manifestación gloriosa de quien es Jesús, los discípulos y las discípulas podrán centrar su fe y hacer el camino del seguimiento. En este contexto son muy apropiadas las palabras del apóstol Pablo para pensar en la relación del discípulo o la discípula con el Señor: “¿Quién podrá entonces separarnos del amor de Cristo? ¿Las tribulaciones, las angustias, la persecución, el hambre, la desnudez, los peligros, la espada?” (Rm 8,35). ¿Somos capaces de permanecer unidos a Jesús en tiempos de incertidumbre y dificultad?

La experiencia de Cristo en la cruz y la de sus seguidores pueden verse en cierto modo reflejadas en algunos elementos del Salmo 115, que es una acción de gracias que alude a la situación de tribulación y desesperación, vivida por el salmista: “los lazos de la muerte me envolvieron, me alcanzaron las redes del Abismo, caí en la angustia y la tristeza; entonces invoqué al Señor: «Por favor, sálvame la vida»” (3-4). La acción de Dios es el motivo de la gratitud: “Él libró mi vida de la muerte, mis ojos de las lágrimas, mis pies de la caída” (Sl 115,8). El salmista expresa su acción de gracias a su vez como una confesión de fe pública en el templo: “¿con qué pagaré al Señor todo el bien que me hizo? (…) Cumpliré mis votos al Señor, en presencia de todo su pueblo” (Sl 115,12.14). La cuaresma puede ser la ocasión de agradecer por la presencia salvadora de Dios y para confesar la fe en nuestra comunidad: “caminaré en la presencia del Señor” (Sl 115,9).



(Del FB de Virginia Azcuy)